

EL PARAÍSO DE LOS NEGROS

por

CARL VAN VECHTEN

Para Fania Marinoff

«A lo largo del día y de la noche
sólo me entrego a una labor:
sofocar mi orgullo y enfriar mi sangre,
para no morir en el diluvio.»

COUNTEE CULLEN¹

¹ Última estrofa del poema «Heritage» [«Herencia»], incluido en el volumen *Color*, publicado en 1925.

PRÓLOGO

Anatole Longfellow, alias Scarlet Creeper,¹ se contoneaba ostentosamente al bajar por el lado este de la Séptima Avenida. Llevaba un traje de cuadros escoceses muy ajustado que ponía de relieve su ágil y fibrosa figura a quien lo contemplara, y todos lo hacían. Un enorme diamante, u otro tipo de piedra menos valiosa que imitaba a un diamante, refulgía en su corbata fucsia. La parte superior de sus relucientes botas marrones era de ante, color gris paloma, y los botones de azul pálido. El pelo negro asomaba lustroso bajo un sombrero de paja colocado de modo desenfadado. Cuando saludaba a un amigo (y su círculo de relaciones parecía ser amplio), sus dos hileras de dientes como perlas destellaban en la piel canela de su rostro.

Era alrededor de las once de la noche, la hora en la que estaba de moda pasear. El aire era cálido, templado para junio y no demasiado húmedo. Por la amplia avenida que clamorosos taxis recorrían arriba y abajo, colgaba un palio de cielo azul añil, adornado con lentejuelas de estrellas refulgentes. Las tiendas, aún abiertas, estaban brillantemente iluminadas. Protegidos por los muros de los edificios, frente a los es-

¹ Al final del original de esta edición se incluía un glosario de palabras y frases frecuentes en el habla Negra del periodo en el que se escribió la novela. Obviamente, la traducción obliga a crear otras que las sustituyan. Sin embargo, en algunos casos, como ocurre con *Creeper*, mantendré la voz inglesa ya que, la acepción de «chulo», que sería la más aproximada, no se ajusta exactamente a la definición dada en el citado glosario: «Hombre que invade los derechos maritales de otros».

caparates, o bajo los árboles, se congregaban grupos de muchachos que charlaban y reían. Las mujeres, en parejas o acompañadas de varones, deambulaban por las amplias aceras.

¡Hola, Toly! Un hombre Negro fornido abordó al Creeper.

¡Hola, Ed! ¿Cómo te va?

Tirando, gracias. Y a ti, ¿cómo te va?

No puedo quejarme. He pinchao un número.¹ M'he sacao unos sesenta y siete pavos.

¡La virgen!

Así es. Anatole desplegó una sonrisa.

¿Qué número?

El siete-nueve-ocho.

¿Dónde lo has pillao?

D'una chavala de la puerta d'ahí enfrente.

¿Salió a ofrecértelo?

Más bien entré. Y luego me las piré por la ventana d'atrás. Su maromo volvió sin avisar.

¡No me jodas!

En serio, como l'oyes.

Conforme Anatole caminaba, florecía su autoestima. Se desabrochó el abrigo e hinchó el pecho, forzando peligrosa-

¹El juego de los números («de la bolita» en el Harlem hispano, o «charada», en Cuba) era una lotería ilegal. Derivada de la «lotería italiana», e introducida en el país por emigrantes llegados desde Italia a Estados Unidos en el siglo XIX, se jugaba en vecindarios pobres, entre ellos Harlem. El juego consistía en elegir tres números que debían coincidir con otros tres elegidos al azar al día siguiente (por ejemplo, los tres últimos dígitos de la cantidad total reunida en las apuestas). Según Francis A. J. Ianni relata en su libro *Black Mafia: Ethnic Succession in Organized Crime*, en el periodo que transcurre la novela había en Harlem treinta entidades de crédito oficial, algunas de ellas lo suficientemente importantes como para recoger apuestas en zonas que abarcaban más de veinte manzanas y tres o cuatro avenidas. A pesar de las enérgicas medidas policiales, el juego sobrevivió durante varios años. En la serie *Boardwalk Empire*, para el personaje del doctor Valentin Narcisse (interpretado por Jeffrey Wright) se basaron en Casper Holstein, un «rey de los números» con relaciones políticas de alto nivel en el Harlem de 1920. Con toda probabilidad, Van Vechten se inspiraría en él para el personaje del Rey de la bolita en la novela que nos ocupa.

mente la cadena de oro del reloj que se extendía de un bolsillo a otro a lo largo de su musculoso abdomen.

¡Qué tal!

¡Qué hay!

Al pasar saludó al mulato Leanshanka Pescod, un peso ligero del boxeo que, en sucesivas sesiones de sábados, había vencido a dos contendientes blancos en el Club de la Comunidad.

¿Disfruta del ambiente, señor Longfellow?

Ya lo creo. Ah, es usted, señora Guckeen, ¿cómo le va? Los modales del Creeper adquirieron un ligero tono de flirteo.

Muy bien, señor Longfellow, gracias.

La señora Imogene Guckeen era la propietaria de un famoso salón de belleza que se encontraba en la misma avenida. Anatole tenía por costumbre ir todas las tardes, a eso de las cinco, a que le hicieran la manicura. Como un amplio círculo de admiradoras sabía de este hábito, las cinco era la hora punta del establecimiento. La señora Guckeen estaba absolutamente consciente del importante papel que este cliente desempeñaba en su negocio, de manera que no hacía ningún esfuerzo por cobrarle su deuda, siempre considerable. Además, de vez en cuando, el Creeper le daba cinco o diez dólares a cuenta, añadiendo una irresistible sonrisa y una palmadita cariñosa en su papada.

En la Avenida Ciento diecisiete, Anatole cambió de dirección, se encaminó hacia el norte y dio por terminado su relajado paseo. Ahora sin embargo, pese a la aparente indiferencia con la que giraba y volteaba su bastón de ébano, adornado con una bolita de marfil en el puño, mostraba un aire más serio. Observaba con expresión casi ansiosa la cara de las mujeres con las que se tropezaba. En una ocasión, tan empeñado estaba en captar el interés de un par de ojos que rechazaban con la misma obstinación devolverle su insis-

tente mirada, que se chocó contra un anciano Negro de larga barba blanca que andaba renqueante ayudado por un bastón. Anatole agarró al anciano justo a tiempo de evitar su caída.

Perdón, lo siento mucho, de verdá, dijo con su más encantadora sonrisa.

El octogenario le devolvió la sonrisa.

Me parece a mí qu'usté es demasio cortés pa esta calle y a estas horas, dijo con voz chillona.

El pecho del Creeper se expandió cinco centímetros por lo menos, haciendo que la cadena del reloj se extendiera hasta su capacidad máxima y arrastrara del chaleco un aro del que colgaban unas llaves. Mientras colocaba de nuevo las llaves en su sitio, pensó que podía permitirse ser amable e incluso magnánimo con un anciano inofensivo. ¿Acaso había en Harlem otro jeque¹ con la décima parte de su atractivo para el sexo femenino? ¿Acaso había otro ante cuyos músculos sintieran más miedo que de los suyos esos gandules de la calle, por lo general bastante libres a la hora de hacer en voz alta comentarios poco favorables sobre los transeúntes? Mientras meditaba de esta guisa, su orgullo recibió una sacudida inesperada. Bajo las brillantes luces del teatro Lafayette, distinguió una pomposa figura cuya presencia borró el fatuo júbilo de su corazón.

Randolph Pettijohn había comenzado unos pocos años antes como vendedor de perritos calientes en Harlem. Su pequeña tienda de una sola planta, apresada por dos torres de edificios, se había hecho popular enseguida. Sus salchichas de Frankfurt eran excelentes; su bollería siempre estaba recién hecha; su mostaza inmejorable. En muy poco tiempo

¹ En el lenguaje popular de la década de 1920 se les llamaba «jeques» a los hombres guapos, con atractivo sexual. La calificación provenía de la película *El Jeque* (*The Sheik*, 1921) cuyo protagonista, Rodolfo Valentino, aunque no reconocido por sus méritos artísticos, se convirtió a partir de entonces en modelo de belleza masculina.

el negocio de Pettijohn adquirió tanto éxito y los gastos generales eran tan bajos (él mismo cocinaba y servía personalmente a los clientes en el mostrador) que ahorró la suficiente suma de dinero para invertir en inmobiliarias, una inversión que aumentó rápidamente su valor. Después, con las sustanciosas ganancias de unas pocas ventas, abrió un cabaret, que muy pronto se convirtió en el lugar de reunión favorito de Harlem. Ahora, el juego de la bola lo había hecho tan rico que la poderosa influencia que ejercía comenzó a dejarse sentir en los círculos políticos.

Sin justificación alguna, Anatole lo odiaba. Pettijohn nunca había mostrado hostilidad contra el Creeper, pero de algún modo, en su interior, Anatole era consciente de que semejante eventualidad no era del todo improbable. Por otra parte, al Creeper le molestaba darse cuenta de que alguien más poseyera cualquier tipo de poder. El sentimiento no era recíproco. Anatole solía ser una figura espectacular en el Winter Palace, el cabaret de Pettijohn, donde era bienvenido por ser el favorito de aquellos blancos que cruzaban la línea racial.

¿Qué tal, Toly, cómo estás? El Rey de la bolita saludó al Creeper cordialmente, incluso con afecto.

Hola, Ran.

Qué, ¿pasando revista a las chavalas?

Echando un vistazo. El Creeper se mostró reservado.

No hay que negar qu'eres un tonto bien vestido, Creeper, dijo uno de los acompañantes del Rey metiendo baza.

Y un amante de primera también, añadió otro.

El Rey siguió con un elogio:

Nadie como el Creeper pa'ntrarles a las mujeres, absolutamente nadie.

Anatole mostró su perlada dentadura.

Déjalo ya, sugirió.

Ven a verme, le invitó Pettijohn. Mi Winter Palace está abierto invierno y verano.

Totalmente relajado de nuevo, el Creeper siguió su pavoneo, balanceando el bastón, dilatando el pecho y canturreando para sí:

Los dientes de mi maromo son como un faro en el mar,
que cuando a mí me sonríen las luces hacen brillar.

¿Qué hay, Toly?

Al mirar los ojos esquivos de un joven de piel clara que vestía un traje con brillos por el uso y llevaba zapatos remendados, la actitud de Anatole se volvió un poco paternalista.

¿Cómo te va, Duke?

No mu bien, Toly. El espectáculo qui'hacía fracasó.

Pues y'habrá otro, ¿no?

Ya. Pero ¿cómo me las apaño hasta'ntonces?

El Creeper no le brindó ningún consejo.

A ti sí parece habert'ido bien, Toly. El tono de Duke era lastimero y admirativo al mismo tiempo.

El Creeper mantuvo su discreto silencio.

Nunca me topao con un jeque con tanto arte como tú pa vestirse.

El pecho del Creeper fue el termómetro que midió el efecto de ese halago.

Estoy con hambre, Toly, de verdá. Dame pa'un perrito caliente.

Sacándose un puñado de calderilla del bolsillo del pantalón, el Creeper seleccionó parsimoniosamente una moneda de veinticinco centavos del montón y se la pasó a su indigente conocido.

Aquí tienes, Duke... Tenía el aire de un gran benefactor...
¿Se pue saber por qué no eres más *prevensor*?

Lo soy, Toly, cuando se me da la oportunidad. No es culpa mía que el espectáculo se fuera a la mierda. Metiéndose la

moneda en la boca, el muchacho echó a correr de repente por una calle lateral.

Con la boca «gracias, gracias» y con la mano «dame, dame», musitó el Creeper.

En la esquina de la calle Ciento treinta y siete, rodeados por un numeroso grupo de espectadores, muchos de los cuales llevaban el ritmo con las palmas de las manos, un grupo grande de golfillos bailaban charlestón. Sin propósito aparente, Anatole se unió a los ociosos. Sus ojos, sin embargo, pronto se desviaron de los bailarines y se deslizaron alrededor del círculo de mirones, en una inspección precipitada pero precisa. De repente, encontró lo que había estado buscando.

Se trataba de una mulata de piel clara y dorada, tan suave como el terciopelo. Hacía tiempo que no veía pululando por aquí una pieza tan bonita, pensó, y resultaba que no la había visto antes. Llevaba el cuerpo enfundado en seda color coral, con una falda lo suficientemente corta como para exponer sus torneadas piernas cubiertas por unas medias de color tostado. Un sombrero cloché turquesa casi le cubría por completo el pelo negro liso cortado a lo *garçon*. Sus ojos, castaños y dulces, parecían estar suplicando. Su valoración había sido tan rápida y eficaz, que Anatole retiró la mirada casi de inmediato; sin embargo, se dio cuenta de que ella estaba logrando, sin demostrarlo, incluso aparentando que no lo miraba, acercarse más a él. Mientras llevaba a cabo sus propósitos, las manos de ella no dejaron ni un instante de acompañar rítmicamente con las palmas a los jóvenes bailarines. Cuando por fin se colocó al lado de Anatole, tan cerca que él podía tocarla, ella siguió fingiendo estar únicamente interesada en los intrincados pasos del charlestón. Anatole no parecía haberse dado cuenta en absoluto de su presencia.